

No cuidaré de tu amor,
 Sí de tu seguridad.
 El duque no sé que es dél;
 Y pues se habla de ello mal,
 Partirás á Portugal
 Con un mensagero fiel."
 Calló el rey, é Ines transida
 De dolor tan impensado,
 De espalda cayó á su lado
 Cercana al fin de la vida.
 En sus brazos la sostuvo,
 Y á merced de un elixir,
 La vida volvió á latir,
 Camino el aliento tuvo.
 Volvió á herir su corazón
 Su altivez ó su mancilla,
 Y dijo al rey de Castilla
 Con la voz de la aflicción:
 Fué amaro orgullo en mí;
 Hízelo amor la porfia,
 Mas pues la culpa fué mia
 Castigada quedo así."
 Y tornándola á faltar
 Segunda vez el aliento,
 Salió el rey del aposento
 Tras quien la vengá á ayudar.

II

Allá por do Manzanares
 En humildosas corrientes,
 Antes de entrar cortesano
 En Madrid sus aguas vierte;
 Hay un sitio en que fundaron
 Un alcázar otros reyes,
 Pardo en el nombre, y perdido
 En verdad entre placeres.
 En un despejado campo
 Que á su entrada el lugar tiene,
 Con grande rumor levantan
 A toda prisa un palenque.
 Dispónense aparadores,
 Aparéjanse banquetes;
 Do quier se aprestan bajillas,
 Y se despitan toneles,
 Guirnaldas en los balcones
 Tapices en las paredes,
 Pabellones en los techos
 Y en las alfombras pebetes.
 Do quiera en el campo tiendas
 Con banderas diferentes,
 Andamios para la corte,
 Y andamios para los jueces.
 Y en el palacio tumulto,
 Y tumulto en el palenque,
 Y en las calles y en las plazas
 Los que van y los que vienen:
 Por allá suben literas,
 Por acullá palafrenes;
 Por allí de real mandato
 De la real gente ginetes:

Por un lado arcabuceros,
 Por otro lado donceles,
 Que ganando tiempo y tierra,
 Buscando aposentos vienen.
 Músicos, dueños, rateros,
 Saltimbanquis y corchetes,
 Tamboriles y danzantes;
 Curiosos é impertinentes.
 Aquí una moza devota,
 Que el brazo á una vieja tiene,
 Se ajusta en son de maitines
 Con un majo matasiete.
 Allí un dominico obeso
 Abultado de mofletes,
 En una niña de quince
 Posa los ojos ardientes,
 Sin duda alguna admirando
 Al Dios que hace aquellos serés
 De ojos negros, manos blancas,
 Cintura escasa y pié breve.
 Mas allá, bajo un sombrero
 Que en la oreja se mantiene,
 Alto y torcido el bigote,
 Larga espada, y entre el leve
 Rizado de ancha valona
 Escondido hasta los dientes,
 De pié derecho, y la mano
 Sobre la cintura siempre,
 Está á través escupiendo
 Apercebido un valiente,
 De esos que dicen "miradme,
 Que hay indulgencias en verme."
 Y sobre todo el murmullo
 Que tan sin término hierve,
 En cóncavo estruendo ronco
 Por pueblo y campo se sienten
 Los mazos de los peones
 Que levantan el palenque,
 Y el martillo del armero
 Sobre golas y broqueles.
 Grandes fiestas se preparan,
 Y segun dice la gente,
 Son por los embajadores
 Que de la Bretaña vienen.
 Así tambien lo confirma
 La conversacion siguiente
 De dos judíos que aromas,
 Joyas y armaduras venden.
 —Buen agosto es habeis hecho,
 Ruben, á lo que parece.
 —No estoy quejoso, en verdad.
 —Y aun contento.
 —Ciertamente.
 —Sed franco.
 —¿Mas he de ser?
 —Y por nuestros intereses,
 Vayamos ambos á una,
 Que espero que no nos pese.
 —Sea así, hermano Daniel,
 Y escuchadme atentamente.
 El rey me compró en secreto,
 Para lujo en sus valientes,
 Las armaduras mejores

Del torneo.
 —¿Cuántas?
 —Trece.
 —¿Santos del cielo! ¿En monedas
 Os pagó?
 —Al punto y corrientes.
 —Feliz sois, Ruben.
 —Veamos
 Vuestra fortuna.
 —Yo siempre
 Por enemiga la tuve.
 —Pero yo sé que igualmente
 El rey, Daniel, os buscaba,
 —Sí, mas fué ganancia leve;
 Aplazóme los caballos
 De mejor sangre que hubiese,
 Y díle blancos y negros
 Los mejores.
 —¿Cuántos?
 —Trece.
 —¿Y os quejais?
 —¿Santa Sion!
 Pagó dos: los once debe.—
 Callaron ambos un punto,
 Y á Ruben Daniel volviéndose,
 Díjole: mas ya hay quien cubre
 Lo que pierdo en los corceles.
 Don Beltran armó los suyos
 Pródigo con mis arneses.
 —¿Oiga! ¿tambien don Beltran
 Campo en el cerco mantiene?
 —No por cierto; mas levanta
 En Madrid otro palenque,
 Para una segunda fiesta
 A la vuelta de los reyes.
 A la parte de Alcalá
 Tiene apostada su gente,
 Para tomar de las damas
 La brida á los palafrenes.
 —¿Atrevido es el pagano!
 ¿Y árdua causa la que emprende!
 Los galanes victoriosos
 Se le opondrán reciamente.
 —Pues don Beltran de la Cueva
 Aun se está tan en sus trece,
 Que diz que hasta el mismo rey
 Le hará campo aunque le pese.
 —Mucho puja.
 —Es conde y rico.
 —Y el rey es rey.
 —Y él valiente.
 Y tiene consigo un hombre
 Que recata el rostro adrede,
 Que es capaz de armar batalla.
 El solo con diez y siete.
 —¿Un soldado?
 —Un caballero.
 —¿Que es quien paga?
 —Lo parece.
 Que es un extranjero dicen
 Que de aventurero viene.
 —¿Trae gente en su compañía?
 —Lanzas hasta veintinueve.

—¿Es francés?
 —Flamenco.
 —¿Amigo
 De las botellas?
 No bebe.
 —¿Cómo!
 —Dél se cuentan cosas
 Bien estrañas cabalmente.
 Dicen que en vela continúa,
 No se sabe cuándo duerme.
 Que es sóbrio como una monja.
 —¿Mas su nombre?
 —No le tiene.
 Solo el Flamenco le llaman;
 Siempre anda solo y le temen.
 —¿Mas no se conoce de él?...
 —Nada mas que lo que él quiere;
 Y que es alto, recio, osado,
 Y á lidiar dispuesto siempre.—

Callaron ambos judíos,
 Y en rauda tropel la gente
 Se agolpó sobre el camino
 A victorear á sus reyes.

III.

Como seis dias despues,
 Y hácia las dos de la tarde,
 En el prado que en Madrid
 Por San Gerónimo sale,
 Armados hasta los dientes
 Y cubiertos los semblantes,
 Estaban dos caballeros
 De una ancha tienda delante.
 Detras de ellos apostados
 En hilera formidable,
 Hay de hasta treinta ginetes
 Potentísima falange:
 Y otros treinta caballeros,
 Cuantos valientes galanes,
 En varios grupos conversan
 De su pompa haciendo alarde.
 Donceles tienen sus lanzas,
 Sus caballos tienen pages,
 Siendo á la par todos ellos
 Soldados y capitanes.
 Detras hay una barrera
 Que guardan con antifaces,
 Otros doce caballeros
 Sobre doce yeguas árabes.
 A los lados dos andamios,
 Uno con las armas reales
 Y otro con las de Bretaña.
 Coronado de sitiales
 Otro andamio casi enfrente,
 Y en él los jueces y grandes
 Que han de pesar la justicia
 Y la ley de los combates:
 Y el resto cerca una valla,
 Hasta dos arcos triunfales,
 En que remata una liza
 Que por la barrera se abre.

Banderas de mil colores
Se estremecen en el aire,
Que embalsaman ramilletes
De jazmines y azahares.
Lindísimas cortesanas
De cabellos de azabache,
Tez pálida y ojos negros,
Bajan el prado adelante:
Porque ¿qué son los jardines
En que las flores no salen,
Sino lo que son las fiestas
En que las damas no caben?
De ambas las tropas que aguardan
El duro y próximo trance,
Hablan en voces secretas
Ambos los gefes audaces;
Uno es Beltran de la Cueva,
Del otro nada se sabe,
Sino que con treinta lanzas
Con Don Beltran hizo parte.
Es de talla aventajada;
De nunca visto semblante;
Vigoroso asaz de miembros
Y de fuerzas sin iguales;
Una hacha de armas esgrime
Y una espada formidable,
Que los arneses mas recios
Desencajan y deshacen.
Cabalga un potro normando
Como sufrido pujante,
Que obedece á los impulsos
De dos largos acicates;
Y acostumbrado á la guerra,
En que há tiempo que le traen,
Mal le reprime el ginete
Al oír los atabales.
A su vez el caballero,
Le acosa con voz tonante,
Como si el mismo caballo
A la misma par lidiase;
Y dicen que tan á tiempo
Le segunda, vuelve y parte,
Que un solo cuerpo lidiando
Ginete y caballo hacen.
Así Beltran de la Cueva
Hablaba á este personaje,
Y el flamenco respondia
Con razones semejantes.

DON BELTRAN.

¿Sereis firme?

FLAMENCO.

Como un roble.

DON BELTRAN.

¿Lidiareis?

FLAMENCO.

A toda sangre.

DON BELTRAN.

¿Nadie pasará?

FLAMENCO.

Ninguno

Con espada ni con guante.

DON BELTRAN.

¿Y si el mismo rey se empeña?

FLAMENCO.

Al rey; vive Dios, que mate
Y lleve su guantelete
En una pica hasta Flandes.

DON BELTRAN.

Si como decís obráis
Temo que el campo no os baste.

FLAMENCO.

Al tiempo lo recomiendo,
Y si la suerte me vale,
Vereis que mejor amigo
No hallarais para este trance.

DON BELTRAN.

¿Qué mote sacáis?

FLAMENCO.

Ninguno.

DON BELTRAN.

Pues he visto á vuestro page
Un broquel con una letra.

FLAMENCO.

Esa letra dice "Nadie."

DON BELTRAN.

¿Es orgullo?

FLAMENCO.

Es una historia.

DON BELTRAN.

¿De amoríos?

FLAMENCO.

Y de sangre.

DON BELTRAN.

¿Sois príncipe?

FLAMENCO.

No por cierto.

DON BELTRAN.

¿Sois huérfano?

FLAMENCO.

Lo acertásteis.

Porque á ninguno sujeto,
Soy libre y la tierra grande.

Oyóse en esto el tumulto
De pífanos y atabales,
Y vióse la polvareda
Que por el campo adelante
Envuelve á los que se acercan
Tras los pendones reales,
Que acabados los torneos
A Madrid vuelven triunfantes.
Cabalgó al punto Beltran,
Y cabalgando el de Flandes,

Asió broquel, lanza y brida,
Diciendo con voz pujante:
"¡A caballo! ¡Voto á Dios!
Y en torneo ó en combate,
No hay que dejar con espada
Desde san Miguel á nadie."

EL PASO DE ARMAS

DE BELTRAN DE LA CUEVA.

I.

¡Espléndida cabalgada!
¡Caballeresco tropel!
La reina viene montada,
Y el rey la brida dorada
Asiendo de su corcel.

Vienen siguiendo sus huellas
Las cortesanas mas bellas,
Y á su vez los caballeros
Sirven de palafreneros
A los palafrenes de ellas.

Detras las literas vienen
Sobre esclavos orientales;
Los pages detras se tienen,
Y el órden al fin mantienen
Mil arcabuceros reales.

Todo es luego en derredor
Y detras pueblo y tumulto;
En el centro va el valor,
Y en la fiesta mal oculto
El orgullo y el amor.

Al valor pruebas le dan
Las cotas hechas pedazos;
Orgullosos todos van,
Y el amor probando están
Las empresas y los lazos.

Ondulan los martinetes
Asidos á las cimeras
De los ufanos ginetes,
Y usurpan tocas ligeras
El lugar de los almetes.

Y en vez de ferradas golas
Y de rojas banderolas,
Flotan en suelto equipage
Los velos blancos de encage
De las damas españolas.

Y de las sillas de guerra
Forradas de limpio acero,
Hasta tocar con la tierra,
Cuelga el que de amor encierra
Misterios cendal ligero.

No aprisionan los corceles
Guanteletes ni escarcelas,
Sí terciopelos y pieles,
Y ellos van libres y fieles
Sin temor á las espuelas.

Solamente mas severos,
Aunque no siendo mejores,
Tras el rey van altaneros

Pacíficos caballeros
Los nobles embajadores.

Y á sus personas prestando
Las atenciones reales,
En rico y vistoso bando,
Sobre mulas van pasando
Obispos y cardenales.

Todo es lujo y altivez,
Todo es oro cuanto brilla,
Y osténtanse allí á la vez
Los hidalgos de mas prez
De Leon y de Castilla.

Todas las mejores lanzas
De ambos reinos acudieron,
Y descuidando sus danzas,
Osados en esperanzas
Diz que hasta moros vinieron.

Que para ostentar valor
Cualesquiera liza es buena;
Y el moro batallador
Sabe siempre que es mejor
Lidiar en cristiana arena.

Allí en los andamios miran
Sin máscaras las hermosas;
Sus alientos se respiran,
Y á sus miradas aspiran
Las hazañas generosas.

Por eso vienen ligeros
Sobre sus negros corceles
Diez árabes caballeros,
Silenciosos y severos,
Envueltos en alquiceles.

Su mirar rápido, incierto,
La negra barba crecida,
El corcel de oro cubierto,
Todo muestra la atrevida
Generacion del desierto.

Y aunque cuanto audaz cortés,
Culta en usos y language,
Siempre se alcanza á través
De su magnífico arnés
Algo de origen salvaje.

Llegaron ante la valla
Rey, pueblo y embajadores,
Y al son del clarín que estalla,
Van á ofrecer la batalla
Al rey los mantenedores.

Llegó á sus piés don Beltran,
Y díjole audaz: "Señor,
"Aquí mis nobles están,
"Que sus lanzas medirán
"Con vuestra lanza mejor.

"Y pues por encarecellos
"Vuestra real esplendidez,
"Fiestas quiso concedellos
"Para no ser menos que ellos,
"He aquí campo á nuestra vez.

"Cómo tan buenos vasallos,
"De las damas requerimos
"Las bridas de los caballos;
"Y pues á aquesto venimos,
"O combatir ó soltarlos."

Y echando el guante en la arena,

Brida volviendo á su gente,
El campo en torno resuena,
Con largo aplauso que llena
Cuanto el sol resplandeciente.

Aceptó el rey; y los vientos
Rasgando los atabales,
Fueron ocupando atentos
La multitud sus asientos,
Y los reyes sus sitaliales.

Puestos los embajadores
A un lado y á otro los jueces,
Al són de los atambores
A los nuevos lidiadores
Requirieron por tres veces.

Lanzáronse hácia la liza
Hasta cuarenta ginetes,
Y en su línea movediza
El aura estremece y riza,
Crestones y martinetes.

Tascan espumoso el freno
Impacientes los bridones,
Henchir queriendo su seno
Con los belicosos sonos
De que el aire tragan lleno.

Entonces desde una tienda
De los que el campo mantienen,
Al lugar de la contienda
Un caballo por la rienda
Dos pages bajando vienen.

Por si quisiera lidiar
Al rey le ofrecen cortesias;
Advirtiéndole á la par,
Que mejor no le ha de hallar
Ni con mejores arneses.

Partieron los lidiadores
El sol de la liza igual,
Y al són de los atambores
Retados y retadores
Aguardaron la señal.

II.

Con la visera calada
Y los lanzones en ristre,
Los broqueles ante el pecho,
Sobre los estribos firmes,
Cerráronse á toda brida
Los lidiadores insignes
Los unos contra los otros
A la voz de los clarines.
Todo fué polvo un instante,
No se oye ni se distingue
Mas que el són que los aceros
En fiero compás despiden.
En honda y ansiosa duda,
En angustia indefinible,
Almas con ojos esperan
A que el polvo se disipe.
Es en vano que las damas
Al turbio palenque miren;
Todo entre el espeo polvo
Está en el campo invisible.
En vano sobre su escaño
Se levanta don Enrique;

El polvo oculta á sus ojos
Los que vencen ó se rinden.
Se oye que abajo en la liza
La recia contienda sigue,
Porque los gritos no cesan,
Y los golpes se perciben.

Unos gritan "Flandes. Nadie."
"Al rey, al rey," otros dicen;
Y las lanzadas se doblan
Y los tajos se repiten.

Ayes, lamentos, insultos,
Maldiciones, leililíes,
Relinchos y cuchilladas
Todo á un tiempo se concibe;

Todo en tumulto espantable,
Todo en confusion horrible.
Todos los gritos se mezclan,
Y á gran pena se distinguen

Los de: "¡Cierra!—¡Hierre!—¡A ellos!
—¡Alá!—¡Flandes!—¡Don Enrique!"

Creyéndose al mismo tiempo
Por los cierra y los lelíes,
Que flamencos y cristianos
Contra sarracenos riñen.

Rodó al fin el polvo denso
Con las ráfagas sutiles,
Descubriendo la vergüenza
De los que la arena miden.

Pocos pudieron bizarros
Al encuentro resistirse;
Su mismo impulso fué causa
Del azar que les afige.

Quedaron de entrambas partes
Tan solo trece que lidien,
Son los seis mantenedores
Los otros siete del príncipe.

De ellos hasta tres son moros
Que á los del rey bien asisten,
Con los alfanges sangrientos
Y los palafrenes libres.

Donde una espada se rompe,
Donde un yelmo se divide,
Do quier que un palmo se pierda,
O un caballo se reprime,

Allí la lanza de un moro,
Allí un alfange invisible
Hierre, acosa, rompe, vence,
Antes que se le adivine.

Algunos de entrambos bandos
Que levantarse consiguen,
Con los pomos y los puños
En el combate persisten.

Dan, cian, avanzan, vuelven,
Y ligeros como tigres,
Soltando el inútil hierro
Con los brazos se reciben.

Se abrazan y se sacuden,
Y se cruzan y se oprimen,
Y al fin de afanosa lucha,
Sin vencer y sin rendirse,

Ruedan abrazados ambos
Y cuartel ninguno pide;
Perdidos entre el tumulto

Tal vez aun se distinguen
Sus desesperados esfuerzos,
Sus convulsiones horribles.
Hasta que el tropel sangriento
De los ginetes que viven,
Los envuelve enteramente,

Los espera ó los persigue.
Tocó el sol en occidente;
Y á la voz de don Enrique
Pages entran en la liza,
Que los heridos retiren.

Despejado un poco el campo,
La liza de estorbos libre,
Quedaron lidiando siete
Sobre los estribos firmes.

Don Beltran con el de Flandes
Y un flamenco que le sigue,
Con un hacha á cuyos filos
Mal los broqueles resisten.

Lidian por el rey valientes,
Los ventajados en lides
El marques de Santillana
Que negra armadura viste,

Don Juan Pacheco, que el mando
Leva á medias con el príncipe,
Y el buen conde de Treviño
Del solar de los Manriques.

Con ellos guerrea un moro,
De cuya opulenta estirpe
Dan testimonio y no escaso
El negro corcel que rige,

El corvo alfange que empuña
Y el arnes con que se ciñe.
Mas todo está deslucido
Sin que oro ni acero brillen,

Que todo en polvo y en sangre
A puro lidiar se tiñe.
Don Beltran, rota una brida,
Con esfuerzos increíbles,

Contra el moro y Santillana
Ve su salvacion difícil.
Las damas le victorean
Mostrando bien cuanto es triste

Que caballero tan bravo
Con tal desventaja lidie.
Los jueces están inquietos,
E indeciso don Enrique,

Duda si el baston de mando
A tiempo en la arena tire.
Mas antes que esto suceda
Se oyó pujante y terrible

El grito con que el flamenco
"Flandes y nadie!" repite.
Y revolviendo el caballo,
Con ímpetu se dirige

Hácia el noble Santillana,
Que el campo á su empuje mide.
Entonces al de Treviño
Volviendo—"Aquí Flandes"—dice;

Y alzándose en los estribos
De entrambas manos se sirve.
Cayó del caballo el conde;
Y volviendo el que le rinde

Al soldado que le ayuda,
Le manda que se retire.
Quedaron pues dos á dos,
Cuatro valientes que piden

Una corona los cuatro,
Para los cuatro difícil.
Y bien merecen que en ellos
Su honor sus partidos cifren,

Porque no hay mejores brazos
Para que le depositen.
Pacheco y Beltran cayeron;
Pacheco asido á las crines,

Debajo está del caballo
Incapaz de desasirse.
Vino don Beltran sobre él;
Mas los jueces que presiden

Dan por vencido á Pacheco
Y escuderos le permiten.
Mientras, agotando esfuerzos
Que parecen imposibles,

El árabe y el de Flandes
La lucha tenaces siguen.
Grita el flamenco—"Aquí Flandes."
Y el árabe á cada quite

Entra y sale huyendo y dando
Siempre en duda y siempre libre.
En vano el flamenco acude
A cuanta fuerza le asiste;

El moro hace que el caballo
Pase, cruce, salte y gire.
Mas cansada su fortuna
A tiempo que ambos se embisten,

Al dar una huida el moro
Hace que el caballo pise
Tan en vago, que aunque diestro
Le levanta y le reprime,

Dobló las manos en tierra
Tocándola con las crines.
Esto que viera el flamenco,
Con empuje irresistible

Para adelante se viene
Sin que el moro alcance á herirle
Cayó el de Flandes encima,
Y aunque el caballo le oprime,

Asió con tal fuerza al moro
Que le acogota y le rinde.
Tiró su baston el rey;
Y al són de los añfiles

Mandó que por los del campo
La victoria se publique.

III.

Mientras á los piés del rey
Be hinojos Beltran se pone,
Y el rey le tiende la mano
Porque con ella se honra,
A las puertas de liza
La multitud agolpóse,
Para ver la cabalgada
Cuando á palacio se torne.
Bajaron de sus andamios
El rey, la reina y la corte,

Damas, caballeros, pages,
Obispos y embajadores.
De manos de los donceles,
Recibiendo los bridones,
Conducir de allí á las damas
Como enantes se proponen.
Asidos brida y estribo
Porque mas fáciles monten,
Por las hermosas esperan
Los caballeros mejores.
Púsose el primero el rey,
Y ya cortes se dispone
A dar la mano á la reina,
Cuando con audacia un hombre
Cejar haciendo al caballo,
Sin respeto se la coje.
"¿Quién se atreve?... " dijo el rey;
Y en el rostro los colores
Tornando el gesto alterado,
Delante su vista hallóse
La brida asiendo al flamenco,
Que así osado le responde:
"Si pasais sin combatir
Será sin guante ni estoque,
Que he lidiado en el palenque
Bajo de estas condiciones."

El rey Enrique, indeciso,
De arriba abajo miróle,
Dudando si por quien sea
Se lo tolere ó se enoje;
Pero por mas que á sus solas
Su pensamiento recorre,
Como él su rostro recata,
No sabe si le conoce.
Al fin fingiendo respetos
Por sus derechos, cedióle,
Ya su razon otorgando,
Ya por secretas razones.—
Tendióle la mano y dijo:
—¡Loor á los vencedores!
Tomad lo que habeis ganado,
Que en efecto anduve torpe.
¿Quién sois?

—Nadie: esa es mi empresa.

—¿Es vuestra cifra?

—Es mi nombre.

—Sois valiente, y no os atañe
Por vida mia ese mote.

—Ya dije que es nombre propio,
Y no le merezco noble.

—¿Cómo pues?

—Porque he vendido
Mi honra y mi nobleza á un hombre.

Tornóle á mirar el rey,
Y tras cortas reflexiones,
Con sonrisa ambigua dijo:
"Id adelante," y siguióle.

RECUERDOS.

Es una noche tranquila,
De esas azules serenas,
En que de la luna apenas
La pálida luz vacila.

Algunas nubes errantes
Por medio el espacio flotan,
Que así de la luna embotan
Los resplandores brillantes.

La brisa fresca que vaga
Los árboles estremece,
Y segun se estingue ó crece,
Crece el murmullo ó se apaga.

Noche espléndida y serena
Que al hombre á pensar convida,
Y en que resbala la vida
De gozo y pesar ajena.

En que absorto el pensamiento
En vaga meditacion,
Halla una blanca ilusion
En cada arruga del viento.

Nada ve el ojo aunque mira,
Oye el oido y no escucha,
Y consigo en débil lucha,
Triste el corazon suspira.

Una noche clara y pura
En que, contemplando el cielo,
Crece en el alma el consuelo
Y hechiza hasta la amargura.

Noche en que se ve á lo lejos
Con el fulgor de la luna,
La ilusion de la laguna
En argentinos espejos.

En que se ve el bosque umbrío,
Cual un escuadron gigante,
Y cual rastro centellante
La cinta blanca de un rio.

Noche en que prestan á una
Blando perfume las flores,
Música los ruseñores
Y resplandores la luna.

De esas noches que una vez
Todos los hombres gozaron,
Y á cuya luz recordaron
Los sueños de su niñez.

De esas noches, cuya historia
Dura en el alma escondida,
Página de nuestra vida
Pegada á nuestra memoria.

Oyendo el tropel sonoro
Con que en murmullos suaves
Aduermen hojas y aves,
Y aguas, al campo del moro,

Un hombre sobre una peña
Se alcanza en la oscuridad;
Mas no se alcanza en verdad
Si aguarda, medita ó sueña.

Se percibe allá en la oscura
Sombra negra alguna vez,
La movible brillantez
De su límpida armadura.

Se oye entre las yerbezuelas,
A cada sacudimiento,
El brusco estremecimiento
De sus ásperas espuelas.
Dolientes suspiros lanza
Del ánima dolorida,
Tal vez por la antigua vida,
O acaso por su esperanza.

En esto en una alta torre
Que al campo del moro cae,
Por do Manzanares trae
Sus corrientes cuando corre,

Vagó sobre el aura leve
Voz tan dulce y lastimera,
Que atenta el aura ligera
Por oilla no se mueve.

A aquel suavísimo son
El caballero escondido
Ansioso prestó el oido,
Hizose todo atencion.

La voz que oye limpia y blanda
En estribillo amoroso,
De un amador licencioso
Nuevas al viento demanda.

Y es tan suave y tan flexible,
Y tan tierna en su cantar,
Que intentarla remedar
Fuera á otra voz imposible.

Ya apagada, ya sonora,
Ya trémula, ya segura,
Como la fuente murmura,
Como la tórtola llora.

Ya es un canto ronco y vago
Sin tema sobre que acuerde,
Como un aura que se pierde
Entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina
Una voz tan infantil,
Que no envidia en lo sutil
Tonos á la golondrina.

¿Es ilusion mentirosa
O es tremenda realidad,
Ese sueño de otra edad
Mas bella y mas dolorosa?

¿Por qué estremecido miras
Esa torre solitaria,
Y al rumor de esa plegaria
Con pesadumbre suspiras?

¿Qué oyes, caballero, di,
En ese son misterioso,
Que el zéfiro vagaroso
Arrastra ufano hasta tí?

¿Ese que gime en el viento
Sonido despertador,
Es un recuerdo de amor
O un tenaz remordimiento?

¡Ah! el pensamiento perdido
Incapaz de decidir,
Vacila entre el porvenir
Y las sombras del olvido.

Y aunque aquella voz se exima
De mas cercana inspeccion,

Bien sabe su corazon
Que aquella voz le lastima.

¿Quién vivirá en esa torre
Que canta tan dulcemente,
Mientras suena mansamente
El Manzanares que corre?

Porque aunque á veces en ella
Oyó que en trova confusa,
La voz de quien canta acusa
Los rigores de su estrella;

Aunque á veces triste canta
Lastimado son de duelo,
Cual queriendo dar consuelo
Al corazon la garganta,

Oyó tambien que suspira
Tan amantes cantilenas,
Que si canta entre cadenas
No canta, sino delira.

Cesó la voz de repente,
Y sobre el césped muliido
Oyóse un pié contenido
Que va cautelosamente.

Cada vez mas cerca está...
Púsose en pié el caballero,
Y requiriendo el acero
Preguntó firme: ¿Quién vá?

A sus rayos argentinos
La luna dejóle ver
Un page que echó á correr
Dando vuelta á unos espinos.

—¿Sois vos (le dijo llegando)
Nadie en Flandes, mucho aquí?
—Mucho te han dicho de mí
—Pues á vos vengo buscando,

Seguidme.

—¿A dónde?

—¿Temeis?

Dijeron que erais valiente.
—Mas fiarse no es prudente
Del primero...

—Bien haceis.

Dios os guarde: á decir voy
Que os propuse una aventura,
Y desechó por mesura
Vuestra prudencia la de hoy,
—Mucho sabes, pagecillo,
Ve delante.

—Pues de mí
No os separeis, por aquí.
—¿Dónde vamos?

—Al castillo.

Y de un torreon en el centro
Postigo oculto buscando,
Entraron ambos cerrando
La portezuela por dentro.

FAVOR DE REY.

En medio de un apose nt
Que el rey Enrique eligió,
Para secreto teatro
De sus comedias de amor: